



## Capítulo 83 - ¿Cómo conoces a Zafiro?

"Vamos, come un poco", dijo Selene, colocando la comida en la mesa. A pesar de su aspecto extraño, olía sorprendentemente delicioso.

"E-ok..." Vergil se sentó a la mesa y la pequeña Zuri se unió a ellos.

"¡Tengo hambre!", exclamó sentada a la mesa de madera, sosteniendo un tenedor y un cuchillo y llevando una servilleta blanca atada al cuello como si fuera sacada de una vieja caricatura.

—Sí, come, pequeña —dijo Selene, colocando un plato de comida delante de ella, y pronto... Zuri cayó en trance.

Zuri, sin embargo, se detuvo de repente. En cuanto le pusieron el plato, se quedó paralizada. Tenía la boca ligeramente abierta, y sus ojos, antes hambrientos, ahora miraban la comida con la mirada perdida. Vergil frunció el ceño, sin saber qué estaba pasando. Zuri, que hasta ese momento había sido ruidosa y descarada, ahora parecía paralizada, como una estatua grotesca. Lo único que se movía era el lento goteo de baba que caía de su boca, cayendo sobre la mesa de madera.

—Eh... —Vergil se inclinó ligeramente hacia Zuri con voz cautelosa—. ¿Qué le pasa?





Selene sonrió, completamente despreocupada. "Oh, nada importante. A veces hace eso cuando está... impresionada. Esta comida, en particular, puede ser un poco intensa para criaturas como ella".

"¿Intenso?" Vergil arqueó una ceja. "Parece... paralizada."

Zuri permaneció inmóvil, con los ojos abiertos, y el sonido de la saliva goteando sobre la mesa empezó a incomodarlo. Estaba acostumbrado a las rarezas del mundo demoníaco, pero esto era... inquietante.

"Fufufu, tu cara no tiene precio", rió Selene, al ver cómo Vergil intentaba entenderlo todo. "No te preocupes, es solo un hechizo. Esa loca no me dejaría hablar contigo sin una excusa válida". El tono de Selene cambió.

"¿Qué quieres decir con eso?" preguntó Vergil, inclinándose ligeramente hacia atrás.

"Ah, siempre me malinterpretan. Qué fastidio", dijo Selene antes de volverse hacia él. "Te dijo que no me miraras a los ojos, ¿verdad? Esa zorra...", murmuró.

"No me dice quién eres, y creo que es por su... interés", continuó Selene, mirándolo, quien seguía evitando su mirada. "No pasa nada, no haré nada", dijo, dándose por vencida.

"Es que... esa mujer... Zafiro, se ha comportado de forma muy extraña últimamente..." murmuró Selene, mirándose las manos mientras las entrelazaba. Vergil la miró un instante y luego...

—Bueno, yo tampoco la entiendo bien. Al fin y al cabo, hace poco que la conozco —dijo Vergil, tomando la cuchara y dándole un mordisco.





La comida, sorprendentemente deliciosa, le trajo una breve sensación de consuelo, pero la incomodidad con las palabras de Selene persistió. Se dio

cuenta de que se estaba viendo arrastrado a algo mucho más grande de lo que había imaginado.

Selene suspiró, observándolo con una mezcla de frustración y resignación. Se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa; su belleza etérea contrastaba con la crudeza de su conversación.

"Solo un poco de tiempo, ¿eh?", murmuró. "Pero Zafiro tiene capas que apenas has arañado. Ella... Ella ya no es la misma de antes." Su tono era más suave ahora, casi como si recordara algo lejano.

Vergil la miró, intentando asimilar lo que Selene decía. Zafiro, la arrogante y brutal demonio, ¿escondía algo más allá de su habitual naturaleza caótica? La idea lo intrigaba, pero también sabía que no podía confiar plenamente en nadie en este mundo. Aun así, había una verdad en la voz de Selene que era difícil de ignorar.



"Si no la entiendes, ¿cómo esperas sobrevivir? Es decir, cuando llegaste aquí, pensé que quería matarte", preguntó Selene.

Vergil levantó la vista ligeramente, evitando aún su mirada directa. "Me daba miedo cuando la conocí, pero ahora... es bastante mona. Y aunque me secuestren, no es tan malo", rió entre dientes, tomando otra cucharada de comida, sintiendo el intenso sabor llenarle la boca, como si la comida estuviera impregnada de energía mágica. No estaba seguro de si eso era bueno o malo, pero al menos lo mantenía alerta.

"¿Quién eres realmente?" preguntó Selene.



"Un hombre que ama mucho a sus esposas", respondió sin dudar.

"¿Y quiénes son estas esposas?" preguntó de nuevo.

"Katharina Agares, Ada Baal y Roxanne Sitri", respondió directamente, sin dejar de comer.

"¿Y la criada? ¿Cómo conseguiste a alguien de tan alto nivel?", preguntó, como si lo interrogara, pero Vergil solo rió.

"Zafiro me la dio", se rió entre dientes, recordando la escena, y Selene dejó escapar un profundo suspiro.

"Ahh... qué extraño... Su hija se casa con un hombre sin nada, luego te da uno de los mejores herreros del mundo, y después, trae al mayor maestro espiritual del mundo y también te da un familiar. Esta mujer... ¿se ha vuelto aún más loca?", preguntó Selene, cubriéndose la cara con la mano.



Vergil soltó una carcajada, apartando su plato tras saborear la comida. El peso de las palabras de Selene flotaba en el aire, aportando una sensación de realidad a lo absurdo de la situación.

"Quizás sí que se ha vuelto loca", respondió con una sonrisa irónica, con la mirada perdida por un momento. "Pero, sinceramente, no me importa. Zafiro es... única. Extraña, aterradora, sí, pero al mismo tiempo, tiene algo que me intriga."

Selene lo observaba atentamente; la tenue luz de la cabaña proyectaba sombras que suavizaban sus rasgos. Parecía que quería decir algo más, pero dudó, quizá por miedo o preocupación.

"No es normal", dijo finalmente, con un tono cada vez más sombrío. "Zafiro no hace favores así. Nunca ha sido de las que ofrecen ayuda gratis, sobre todo con algo tan valioso como un herrero de renombre o un familiar. Debes ser bastante interesante, ¿sabes?", preguntó Selene.

Vergil guardó silencio un momento, reflexionando sobre sus palabras. Sabía que el mundo demoníaco se movía por intereses, traiciones y juegos de poder. Pero hasta ahora, había navegado por este mar caótico con cierta confianza, sobre todo con sus esposas a su lado.

"No es que tuviera muchas opciones", dijo con un suspiro. "Estoy metido hasta el cuello en esto. Si Zafiro tiene sus propios motivos, me parece bien. Al fin y al cabo, es mi querida suegra, ¿no?"

Selene entrecerró los ojos y una risa suave y grave escapó de sus labios. "¿Tu querida suegra?", repitió con ironía. "Tienes una forma interesante de manejar esta situación, pero te advierto... Zafiro no es de las que se dejan llevar por el sentimentalismo. Puedes jugar con esa idea, pero con el tiempo descubrirás que nada en el mundo de los demonios es tan simple".

Vergil se encogió de hombros, aparentemente indiferente, pero en el fondo sabía que las palabras de Selene eran ciertas. Zafiro era impredecible, pero había algo en ella, más allá de su fuerza y locura, que lo atraía. Quizás fue esa mezcla de peligro y poder lo que le hizo confiar en ella, aunque fuera solo por sobrevivir.

"Bueno, mientras tanto, seguiré el juego", dijo con naturalidad. "Si Zafiro tiene sus intereses, yo los míos. Quién sabe adónde nos llevará esto, pero por ahora, estoy bien".





Selene lo miró fijamente un buen rato, como si intentara ver más allá de sus palabras. "Tienes una confianza que raya en la temeridad, ¿sabes?"

"Ya lo había oído antes", respondió Vergil con una media sonrisa.

Zuri, que había guardado silencio hasta entonces, soltó una risa irritante, rompiendo el hechizo. «Esa arrogancia te va a traer problemas algún día, idiota».

Vergil la miró enarcando una ceja. "¿No eras más divertida cuando estabas callada?"

Zuri le sacó la lengua desafiante, lo que hizo suspirar a Selene.

—Bueno, el tiempo dirá si tu confianza es acertada, Vergil —dijo Selene, levantándose—. Pero mantente siempre alerta. En este mundo, todos llevan una máscara... y tú estás rodeado de quienes llevan las más peligrosas.



"Voy a buscar algo de fruta. Traten de arreglar las cosas; van a estar juntos para siempre", dijo Selene, poniéndose de pie y dejando solo a Zuri y Vergil atrás.

En el momento en que Selene salió al patio, alguien estaba apoyado contra un árbol, escuchando a escondidas toda la conversación.

"Podrías haberme preguntado simplemente lo que querías saber", dijo Zafiro, con la voz tensa por el nerviosismo. Selene retrocedió un paso, sobresaltada al oír la voz de Zafiro entre las sombras. No la había visto allí, pero era típico de Zafiro aparecer cuando menos se lo esperaba. Su corazón empezó a latir



con fuerza, pero no se debía solo a la imponente presencia de Zafiro; había algo más.

—Te conozco desde hace ochocientos sesenta y cinco años. Sé que no me dirías nada —replicó ella, intentando escapar de la mirada de Zafiro, pero se vio casi obligada a mirarla, con los ojos absortos.

Al encontrarse sus miradas, una oleada de calor abrumadora recorrió el cuerpo de Selene. Sus pensamientos se confundieron, y una extraña sensación, casi... apasionada, se apoderó de ella. Sintió como si un hechizo la hubiera alcanzado, y sintió que sus labios se movían en un murmullo casi inaudible, claro en su mente:

«¿Está... enamorada?», pensó, con los ojos abiertos de par en par, incrédula. «No... es interés, pero... ¿interés romántico? ¿Qué es esto?»



La sensación era incontrolable, y por un breve instante, Selene se perdió en esa intensidad. Zafiro, mientras tanto, resopló al darse cuenta.

—Maldita sea... está usando su mirada en mí—murmuró Zafiro, sintiéndose vulnerable a pesar de su fuerza.

—Para, Artemisa —dijo Zafiro de inmediato, cortando el aire con el nombre que Selene había abandonado años atrás—. Me subestimas si crees que puedes mirarme así y cuestionar cualquier cosa, Artemisa.

La amenaza en la voz de Zafiro golpeó a Selene como un puñetazo. Su cuerpo tembló, sus rodillas casi cedieron, y casi sucumbió al impulso de inclinarse





ante la mujer. Una fuerza abrumadora emanó de Zafiro, haciéndola sentir vulnerable y débil.

—No juegues con fuego, o te quemarás —continuó Zafiro con voz fría y cortante—. Puedo ser tu amiga, pero eso no significa que esté dispuesta a

tolerar tu intrusión. Si hay algo que no entiendes, es porque he decidido que no lo entiendas.

Selene, aún aturdida por la extraña sensación y el poder abrumador de Zafiro, luchó por recuperar el control. Pero esa mirada... esa mirada la hizo cuestionarlo todo. Era una mezcla de admiración, miedo y una pasión confusa que no podía explicar... todo dirigido hacia... un hombre...

—Te estás enamorando —murmuró Selene, con la voz temblorosa por la incertidumbre.

Zafiro, con expresión impasible, se cruzó de brazos, acentuando sutilmente su figura mientras su presencia se hacía innegable. «Me enamoro del potencial, Artemisa», respondió con voz fría y resuelta. «No de un hombre».

"Si tú lo dices... pero no me llames Artemisa", respondió Selene, pero en sus pensamientos...

-Estás mintiendo muy mal, Zafiro.

